

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8610

DIARIO DE LA NOCHE.

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Stret, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.



DON GREGORIO AVELLAN Y TORRELLÓ,

falleció el día 3 del presente mes á las 8 y 1/2 de la mañana.

R. I. P.

Todas las misas que se celebren el viernes 11 del corriente desde las 8 hasta las 12, en el altar mayor de la iglesia del Santo Hospital de Caridad, serán aplicadas por el alma del finado.

El alumbrado y vela al Santísimo Sacramento, como también los ejercicios de la tarde, tendrán la misma aplicación.

Su viuda é hijos y demás parientes, suplican á sus amigos, le tengan presente en sus oraciones.

Miércoles 9 de Julio de 1890.

ACRÓBATAS Y GIMNASTAS.

Pocos son los que no han asistido á las representaciones de un circo, ó no las hayan visto remedadas entre los espectáculos que figuran en el programa de las fiestas celebradas por alguna población subalterna; pues así como un antiguo refrán feza que no hay fiesta sin tarasca, no se celebran fiestas de villorio sin los indispensables «saltimbanquis», según ayer se les llamaba, de cuya compañía forma parte el indispensable «payaso», destinado á promover la hilaridad de los aldeanos.

Muchas veces nos hemos detenido para mirar con verdadera conmiseración uno de esos carricoches tirado por un viejo y escuálido caballo, conduciendo objetos que constituyen la riqueza y el patrimonio de una familia de modestos acróbatas que, cual bohemios, van de pueblo en pueblo haciendo gala de su agilidad y destreza y ejecutando ante los asombrados campesinos los más peligrosos ejercicios, ya que todas las suertes que ejecutan, aunque parezcan sencillos juegos para el espectador, no están exentos de peligros y aun pueden terminar trágicamente.

Todos hemos visto esos trapecios suspendidos de lo más alto de un circo, en los que el gimnasta se entrega á los más peligrosos ejercicios, ó bien esos alambres que colocados á prodigiosa altura, sirven al funambulista para ejecutar increíbles equilibrios. Vivamente impresionados, hemos visto elevarse por los aires sencillos globos, de cuya boca pende un aparato incómodo y su rudimentario, en el que luce sus habilidades el gimnasta aéreo, aterrizando á los espectadores, cuyo corazón no está del todo encañecido.

Las páginas de los periódicos llenanse algunas veces con el relato de desagradable y terrorífico accidente, describiendo con prolijos pormenores el desastroso fin de uno de esos seres, semejante á los antiguos gladiado-

res ó á los esclavos, que perdían la existencia en la arena de los romanos circos, para entretener á un pueblo falto de sentido moral. Hoy, al cabo de veinte siglos, diviértese otro pueblo, que hipócritamente persigue el ideal de la fraternidad humana, viendo á algunos de sus semejantes exponer la vida en cada uno de los ejercicios que practica.

Un calambre, un vahido, un vértigo cualquiera de esos accidentes que pueden presentarse de improviso, bastan para precipitarlos de la altura en que se encuentran y estrellarlos contra la arena del circo, salpicando con su sangre el rostro de los estóicos espectadores.

Aunque nos pese decirlo hay que confesar que en la generación actual existen restos de las aficiones de aquel pueblo que en el período de su decadencia pedía á gritos á los tiranos que se oprimían «panem et circenses», ahogando en la barbarie de sus sangrientos espectáculos, sus vicios y sus dolores.

Sin embargo todos sentimos latir nuestro corazón, impulsado por noble sentimiento, al leer los pormenores de la muerte de un gimnasta, y experimentamos cierto malestar al encontrarnos en presencia de un pobre niño que arriesga atrevidamente su vida á cambio de una mezquina recompensa.

Lo incomprendible, lo raro, es que al par que censuramos la barbarie é inmoralidad de este género de espectáculos, contribuimos inconscientemente á su conservación, autorizándolos con nuestra asistencia. Así, pues, y por más que nos pese debemos convenir en que los pueblos modernos, al igual de los antiguos, gustan y desean las emociones en que va la vida á alguna de nuestros semejantes.

Y téngase entendido, que no es esta la causa única porque desearíamos desaparecer de la lista de los espectáculos modernos el de los circos ecuestres.

Bajo supuestos nombres, suelen albergarse en ellos, y viven y llegan á enriquecerse, seres indignos que tiranizan y atormentan á

niños, cuya procedencia se ignora y cuya existencia es un no interrumpido martirio sin que las autoridades encargadas de proteger al débil, castiguen al criminal que cubre su infamia con el traje de hombre honrado impidiendo esta nueva forma adoptada por la clínica especulación.

Dos años hace, que la prensa de la capital de España dirigió duros y merecidos cargos al titulado padre de una de las artistas más aplaudidas del Circo Hipódromo de verano, una verdadera niña, por haberse propasado á fustigarla cruelmente los brazos, hasta el extremo de hacer brotar en ellos la sangre.

Algunos espectadores dirigieron hacia el desnaturalizado padre en actitud amenazadora, costando verdaderos esfuerzos á la empresa el poder librar á este nuevo tirano de las iras del público, que deseaba vengar á la víctima de tan brutal atropello.

Pero aunque estos hechos demuestran claramente los sentimientos que animan á los espectadores, no bastan para corregir el mal, ya que en las horas de los ensayos, en el momento en que el circo está desierto, es cuando se oyen bajo su techo, quejidos de dolor y se vierten lágrimas de desesperación.

Así y con la fusta en la mano, ejercen el papel de verdugos, hombres menos humanos que los despreciables capataces de negros.

Así, pues, y pese la censura de los seres de corazón empédrado, de los escépticos y egoístas, declaramos muy alto la inmensa satisfacción que experimentaríamos, si viéramos desaparecer esos bárbaros espectáculos.

Mucho se ha hablado del llamado espectáculo nacional (del que tampoco somos partidarios), profiriéndose contra las corridas de toros, los más temibles anatemas y agrias censuras; sin embargo, no se han comprendido ó no se han querido ver las condiciones de inmoralidad, perversión y falta de sentido moral que revelan la existencia de esos circos, centro ó asilo de la moderna barbarie y de la depravación.

Aparte de las tiranías que en ellos se ejercen y que no caben en nuestras plazas, el torero cuenta con medios para su defensa, armas que oponer y los recursos de su «arte» para poder librarse de los cuernos de la fiera.

El pobre gimnasta hallase solo, desarmado, indefenso en medio de la atmósfera que atraviesa, suspendido de un globo, ó encaramado en un elevado trapecio. Una voz ó un grito proferido por alguno de los espectadores, un aplauso intempestivo, una disputa, cualquier accidente, bastan para turbar la serenidad del artista, que tanta presencia de ánimo necesita para no dar un paso en vago y conservar la plenitud de su fuerza física.

No basta, pues, que los hombres de generosos sentimientos condenen esta clase de diversiones, sino que es preciso evitarlas, desterrándolas de entre nosotros, ya que su existencia es un borrón y la autorización que se les dispensa puede considerarse como un delito de lesa humanidad. Recuérdese que el acróbata ó gimnasta, suspendido en un globo, marchando por un alambre ó trabajando en un trapecio, tiene esposa é hijos á quienes debe amparar y sostener y que su muerte significa la miseria para su degraciada familia y la desaparición para la sociedad de uno de sus individuos, que podía dedicarse dignamente á otra clase de trabajo, que al

proporcionarle un medio seguro y honroso de subsistencia, no tendría el inconveniente de embrutecerle, secando la fuente del sentimiento.

Demás, si la razón, las leyes y nuestras creencias religiosas previenen y castigan al suicida, ¿qué otro calificativo puede aplicarse al hombre que arriesga á sabiendas su existencia, sin que en su arrojo le impulse una idea grande, sin que le anime la abnegación del mártir ni el entusiasmo del héroe, sucumbiendo rodeado de la fría indiferencia de la humanidad?

Nos encontramos ya en la época en que es preciso tener un poco más de respeto por la vida humana, y en que esos filántropos que se dedican á proteger á las plantas y animales dediquen atención preferente á mejorar la suerte de sus semejantes; empresa más honrosa y justa, si cabe, y que debían haber emprendido antes de prodigar sus esfuerzos á otros seres no tan dignos de consideración.

Busquemos otras distracciones que deleiten sin embrutecer, halaguen sin apagar el sentimiento y moralicen é instruyan á la humanidad, elevándola siempre, mejorando su modo de ser, aproximándola en lo posible á esa soñada perfección perseguida sin descanso por todas las religiones, escogiendo distracciones más sanas y desterrando de nuestro corazón, cierta clase de aficiones que son nuestro propio contrasentido.

Débil es nuestra voz, pero no por ello dejemos de levantarla en medio de la turbulenta corriente de las ideas modernas; con ello cumplimos con nuestra propia conciencia, y con lo que consideramos deber ineludible.

Si al hallar eco hemos podido conseguir salven del martirio ó de la muerte brutal á esos desgraciados seres que por la mañana ignoran si su enflaquecido cuerpo yacerá sangriento y destrozado algunas horas después, alterando el monótono color de la arena del circo, quedaremos satisfechos.

A. García Llansó.

Variedades.

LOS SUEÑOS

«La vida es sueño», ha dicho Calderón, que no por ser buen poeta fue mal filósofo. ¡Cuán dulces son los sueños de la primera edad!

Hay sueños que no debieran convertirse en realidades, así como también hay sueños de los que no se debiera despertar.

Sin embargo, un sueño puede degenerar en visión ó pesadilla, y luego se gana por oposición una celda en manicomio ó se despierta en la eternidad.

Hay pesadillas que traen terribles consecuencias.

Un amigo mío soñó que había de casarse con su suegra—aquí entra la visión—y murió de repente.

Gentes hay que se pasan la vida soñando felicidades y mueren en el realismo de un hospital.

Cuando el casero amonesta á un inquieto por el olvido de algún piquillo, que bien puede pasar por el pico de Tenerife, se le suele contestar:

—¿Pagarle yo? ¿Usted sueña? También abundan las personas que sueñan en alta voz.

Cuando yo estaba de bispesado en casa de D.ª Rufa había un compañero llamado José, que tenía aquella costumbre. Una noche oímos grandes gritos. «¡Ladro!